

Ana Luísa Amaral

Majestad, Señor Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca; Sra. Presidenta del Consejo de Administración del Patrimonio Nacional; Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades; Miembros del Jurado del Premio Reina Sofía; amigos y amigas que están aquí, muchos de Portugal, que quisieron venir a compartir conmigo esta alegría. Señoras y señores.

Quiero empezar diciendo que es un enorme honor recibir este premio tan inmensamente prestigiado, y por ser la tercera poeta de Portugal en recibirlo, después de Sophia de Mello Breyner y Nuno Júdice. No puedo, no quiero dejar de agradecer a las instituciones que han propuesto mi nombre, la Universidad de Porto, en las personas de su Vice-Rectora, Profesora Fátima Vieira, y de la directora de la Facultad de Letras do Porto, Profesora Fernanda Ribeiro, y la Universidad de Évora, en la persona de su Magnífica Rectora, Profesora Ana Costa Freitas y de la Cátedra de Estudios Ibéricos. Muchas gracias también al Concejal de Cultura de Matosinhos, Dr. Fernando Costa, por su presencia. Quiero también agradecer profundamente a las personas que compusieron la propuesta, Profesora Rosa Maria Martelo, de la Universidad de Porto, y Profesor Antonio Sáez Delgado, de la Universidad de Évora. Y al Profesor Pedro Serra, de esta Universidad, por haber preparado y traducido de forma tan bella la antología *El exceso más perfecto* que marca este premio, pero también por toda su asistencia, por su prontitud siempre, por su amistad. Un agradecimiento a Vasco David, mi editor portugués, de Assírio & Alvim, y a Santiago Tobón, de Sexto Piso, mi editor español, y a mi traductora, Paula Abramo; y también a Trinidad Ruiz Marcellán, de Olifante, que publicó *Oscuro*, mi primer libro aquí en España, y a su traductor, Luis Maria Marina. A alguien que me fue, y es, fundamental, la Profesora Maria Irene Ramalho, Profesora Emérita de la Universidad de Coimbra, por haber sido la primera persona que me animó a publicar hace más de treinta años. Por fin, en una nota mucho más amplia, quiero dejar mi gratitud a tantas mujeres que, gracias a su lucha durante siglos, y después a su osadía en atravesar territorios que la sociedad decía no les pertenecían, como el de la escritura, me han abierto el camino y me permiten ahora estar aquí.

Dedico las palabras que pronunciaré enseguida a mi madre, que no ha podido venir, por motivos de salud, a mi padre, que ya no se encuentra entre nosotros, y a un amigo de muchos de los que aquí están y que fue llevado por la pandemia: Luis Sepúlveda. Y a alguien aquí presente: mi hija Rita, que estuvo y está siempre en mi vida.

Mis padres se casaron en Badajoz. Corría el año de 1955, mi padre era militar y en ese año a los militares portugueses no se les permitía casarse, porque podían ser reclutados para la India. Por eso, ellos se fueron de Lisboa a Elvas y de Elvas a Badajoz, y ahí se casaron. Decía mi madre que la catedral de San Juan aún tenía agujeros de los bombardeos de la Guerra Civil. Pero ellos estaban enamorados y les encantó la ciudad. Aún tengo fotos de los dos en frente de la catedral, mi padre con un aire compuesto, pero sus ojos sonriendo, mi madre sonriendo también – la alegría en sus rostros. Pasaron algunos días en Badajoz, mis padres, y quizás yo empecé allí a existir, aún no como yo, sino como promesa de un yo. Me gusta pensar esto: que no tiene sentido hablar de españoles y portugueses como pueblos diferentísimos entre ellos, sino como pueblos que, incluso manteniendo sus identidades, sólo están separados por líneas creadas, inventadas por los humanos.

Nacer donde se nace es un azar. Yo debí entonces haber empezado a existir como promesa en Badajoz, porque nací unos meses después en Lisboa, y viví en Sintra, la ciudad que es hoy patrimonio mundial. Cuando tenía nueve años me fui con mis padres al Norte de Portugal, Leça da Palmeira, cerca de Matosinhos, que forma parte del distrito de Porto. Fue terriblemente difícil esa transición: cambiar de amigos, cambiar de escuelas, cambiar de acentos. Más oblicuo y áspero, ese acento nuevo para mí, más marcado por el viento agreste y el mar del Norte. Una vez, escribí un poema que lleva por título “Y al hablar de espejos, de puentes hablaré”. Así es el poema:

I

Tuve de niña un espejo
que me recordaba un río.

*No era por aquí que yo quería empezar
sino por versos diferentes
que hablaran de puentes.
Solo me acordé del espejo
por despertar con él al fondo,
escondido en la memoria,
traído por un sueño de hoy por la noche.*

*Oval, de mango entero,
fue punto de partida de hoy por la noche
para soñar con cosas que no caben en un río.
Pero puedo usar el espejo
para hablar de puentes.*

*Y así lo haré,
pues mi corazón: un descompás.*

II

Pueden ser de hormigón, o de sentido,

de hierro organizado hace más de un siglo,
pero siempre suavizado por un río
que les descubre la voz.

O pueden ser de niebla,
o pueden ser de un viento solitario
si el mar es de ellos motivo transversal:
así, muy de cerca,
la desembocadura allí a su lado y en arista serena, deslumbrante.

O momentos con agua equilibrados:
la carretera desigual,
meandro del río,
la fiesta repetida de la mirada.

Pueden ser de sentido, de hormigón,
de hierro o de otras cosas más humanas,
los puentes de los que hablo.
Y equilibran las cosas y las gentes,
y aproximan palabras,
haciéndolas de refuerzos más oblicuos
y a los acentos que de ellas
son el centro.

Pueden ser de lo que sea
los puentes de los que hablo,
que nada les quita el alma más oval
como la del espejo
que tuve hace mucho tiempo.

III

Tuve de niña un espejo
que me recordaba un río,
me hizo acordarme de un río,
de sus puentes.

*He hablado. Que el corazón pueda
soñar—*

Los puentes de los que hablo en mi poema son los varios puentes de Oporto, del espacio que me acogió y donde vivo hasta hoy, en su ciudad de Matosinhos, con su pequeño pueblo llamado Leça da Palmeira. Es mi lugar, donde nació mi hija, donde he hecho amigos y amigas que ahora están aquí conmigo. Pero siempre me he sentido entre el Sul y el Norte. Incluso cuando estuve, entre los diez y los dieciséis años, en un colegio de monjas españolas, que se llamaba Colegio de Nuestra Señora de la Consolación, donde aprendí canciones populares de España y a hacer churros y empanadillas de atún con tomate.

Pero esos puentes de mi poema son también los puentes que nos conectan a todos, es decir, los puentes que el arte construye, en mi caso el arte de la poesía. Los puentes que “equilibran las cosas y las gentes”. Es que la poesía puede unir, de forma paradójica, tanto la violencia de las crueldades del mundo, denunciándolas, como la alegría y la esperanza.

Como el mundo, del cual la poesía nunca ha estado apartada, aunque lo refleja (al mundo) de una manera condensada. Como he dicho más de una vez, siendo el espacio mismo de la posibilidad, pero extremadamente concentrado, como un punto cósmico cargado de energía, la poesía es un lenguaje de intensidades en sí misma. En un registro más práctico, no estando tan sujeta a las leyes del mercado, la poesía siempre ha estado menos regida por el capital, más alejada de la ecuación que convierte el tiempo y el capital en equivalentes.

Un día, una compañera mía de Antropología me dijo que uno de los hitos en la evolución de nuestra especie fue el momento en que empezamos a poner flores en las tumbas de nuestros muertos. Las flores no servían de nada desde el punto de vista pragmático, pero cumplían una necesidad fundamental: la de recordar, de mantener viva la memoria de aquellos a quienes habíamos amado y que nos habían amado. La función de esas flores era, como la del arte: simbólica. Y lo simbólico no se puede medir. Arte, pensamiento, palabra – y quizás, en su ejercicio y pasión por ella, la palabra poética. Porque la poesía, como el arte, está inscrita en las fisuras del deseo de totalidad. William Carlos Williams plasmó esta idea en lindas líneas: “Es difícil / sacar noticias de los poemas / sin embargo se muere miserablemente todos los días / por falta / de lo que allí se encuentra”. Por eso las dictaduras tiemblan cuando no logran cooptar al arte. Porque la poesía puede reflejar también la voz de los sin voz, sin casa, sin paz. De suma importancia, lo que nos hace humanos y nos permite relacionarnos con los demás, fusionando el pasado y el presente con el futuro. Creo que la poesía, al alimentarse de “transfusiones de memorias”, puede ser un vehículo donde el tiempo y los tiempos pueden coexistir, donde recordar e imaginar un futuro mejor sea realmente un acto ético. Tal vez no por casualidad, la palabra alemana para poesía es “Dichtung”, que deriva de Diktion, a su vez derivada del latín “dictio”, la dicción que define toda poesía. Y que es, en las palabras de Raoul Schrott, poeta austríaco, la forma de expresión verbal utilizada en la creación de “imágenes que hablan”. Sus recursos técnicos (además de figuras como la metáfora) involucran figuras acústicas, como la métrica y la rima, que fueron desarrolladas para cumplir un propósito: hacer que la información sea memorable; pasando el conocimiento de generación en generación, creando el sistema mnemónico quizás más hermoso que conocemos. Que convoca, aún hoy, nuestra fascinación delante de versos como aquellos de Teresa de Ávila: “Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero”. La belleza de esos versos está en su fuerza rítmica y musical y también en ese sentido paradójico de la muerte que nos asombra, porque somos seres para la muerte, pero también para la vida y para la imaginación.

Producir lenguaje es llenar el mundo de sentidos. Por eso, a veces, un poema puede apaciguar el horror del mundo y hacernos sentir que nuestro hogar común sigue siendo solamente este planeta, donde todo ser humano debería tener derecho a vivir una vida decente y a morir una muerte digna. Lo que quiero decir es simplemente esto: todos estamos expuestos a una condición común: la de la fragilidad.

Vuelvo a mi padre y lo recuerdo. Yo, niña muy pequeña, creyendo que él podía volar y que yo solo no podía verlo deslizándose suavemente sobre el techo de la casa porque ese día el viento no era bueno. Siento a mi padre a menudo, volando desde un lugar que no conozco. Como si cerrara los ojos, todavía puedo sentir en mis manos la tensión del aire en la cuerda de las cometas que solía hacer para mí, y que luego lanzábamos. Ese hilo como un poema. No sé si fue gracias a él, que tanto amaba la música, si fue por el dolor de ser trasladada de espacio, si fue por una neurona que se perdió, pero los poemas siempre fueron así para mí, pegados a la piel y capaces de volar. Como en las palabras de un poeta portugués que murió muy joven, pero que era ya un gran poeta, Daniel Faria, que escribió: “Camino un poco por encima del suelo / En ese lugar donde suelen ser golpeados / los pájaros / Un poco por encima de los pájaros / En el lugar donde tienden a inclinarse al vuelo”.

Cuando pienso en mi padre, pienso en esa emoción planetaria, colectiva de todos nosotros, los humanos que habitamos este pequeño cuerpo tan delicadamente colocado en un sistema solar que conocemos tan mal, en la conmoción que fue para mi presencia con mi padre el alunizaje. Y pienso en algo que ya he comentado en otra parte, pero que me toca siempre tanto: las descripciones de los astronautas cuando han visto la Tierra desde el espacio. En esas descripciones, nuestro planeta aparece como oscilando entre lo familiar (el hogar) y lo radicalmente nuevo: “una visión momentánea de la eternidad”, dijo el estadounidense Edgar Mitchell; merecedora del cuidado más grande, como en la descripción del alemán Ulf Merbold: “Por primera vez en mi vida vi el horizonte como una línea curva. Se acentuó con una fina franja de luz azul oscuro: nuestra atmósfera. Obviamente, este no era el océano de aire que me habían dicho tantas veces en mi vida. Y me aterrorizó su frágil apariencia”. O, en palabras de Aleksei Leonov, de la ex Unión Soviética: “La Tierra era pequeña, azul clara y tan conmovedoramente sola, nuestro hogar que debe ser defendido como una reliquia sagrada. La Tierra era absolutamente redonda. Creo que nunca supe lo que significaba la palabra redondo hasta que vi la Tierra desde el espacio”. Estas frases de

personas que no son poetas, sino, en su mayoría, ingenieros aeronáuticos, revelan una añoranza por la unión, en el presente, y quizás en el futuro, basada en memorias colectivas. Es que el cuerpo no existe en el vacío, pero es contiguo a todo, ya sean los cuerpos de los demás o todos los cuerpos vivos que constituyen el mundo, sin excepción de los planetas, estrellas, galaxias o partículas subatómicas. Estamos hechos, como nos enseñó Shakespeare, de la materia de los sueños y de las estrellas. Compartiendo una especie de conciencia que Frank White acuñó en 1987 como “el efecto perspectiva”, la mudanza de percepción que resulta de ver la Tierra desde el espacio. He hablado de esto porque me parece que también la poesía puede efectuar una especie de “efecto perspectiva” relativamente al mundo: verlo de otras formas, siempre nuevas y extrañamente – extrañas. Y compartidas después. La belleza de lo efímero que nos mueve, precisamente porque es efímero. Pero que se quedará, al transformarse.

Hay una conferencia de Jean-Luc Nancy de 2009 donde el filósofo discute la idea de belleza, diciendo que hay que convocarla, deseirla, que ella no se nos presenta como si fuera un hilo, que no se ofrece. Si se ofreciese, no habría deseo y, por lo tanto, no habría apelación. Lo que Nancy sugiere es que, si hay alguna adecuación a algo en la belleza, no es del ámbito del personal, sino de algo que va más allá de nosotros, al mismo tiempo que existe en nosotros. A esto se le llama “verdad”, no una verdad verificable, sino la verdad como aquello que nos convoca y nos impulsa. Por eso la clásica frase “Lo bello es el esplendor de la verdad” significa no solo que la verdad brilla, sino que la verdad, además de ser la verdad, brilla y reluce. Y nos hace pensar y sentir con el otro y hacia el otro. Una patria dentro de patrias, como la dice tan maravillosamente el inmenso poeta que es Antonio Gamoneda, con quien tengo el honor de compartir este premio, la poesía es también, para mí, una tierra de nadie – con gente, con gentes, dentro.

Por eso, me congratulo tanto y agradezco a la Universidad de Salamanca y a Patrimonio Nacional por haber creado este premio; y a Su Majestad por haberle puesto su nombre. Porque es fundamental acariñar el arte y la poesía, aún más en nuestros tiempos, hechos de información que tiende a desvanecer lo corpóreo; estos tiempos en los que ya no se habla de la separación del pensamiento y la emoción, sino de la separación de la mente y el cuerpo. Me pregunto si al lado del aumento de lo virtual no está también en riesgo la pérdida de lo humano, y, con esa pérdida, de “la amada libertad”, de la que hablaba nuestro poeta portugués del siglo dieciséis Francisco Sá de Miranda. Quizás el espacio de la libertad necesite ser ahora el espacio de la no complacencia o, en otras palabras, de la disidencia, coincidiendo con el lugar de la poesía, que siempre es transgresión. En momentos tan

angustiosos como estos, en medio de la amenaza de nuevas dictaduras, el resurgimiento de varias supremacías, acompañado en estos dos últimos años por el fenómeno nuevo y tan aterrador que fue la pandemia, que ha ampliado alarmantemente la brecha entre ricos y pobres, entre los que mandan y los que, incluso teniendo derecho a voto, no tienen voz, es más urgente que nunca preguntar. Porque preguntar significa lo contrario que sumisión.

Creo que mientras haya seres humanos y persista la memoria, el amor, como vínculo con el otro, no se muere. Por lo tanto, la pregunta en el poema “Augurios de inocencia” de William Blake, que nombro muchas veces, “Algunos nacen al dulce deleite / Algunos nacen a la noche sin fin” es una forma de denunciar que la ausencia de amor es lo que corresponde, de hecho, a la verdadera abominación. Porque la pregunta de Blake tratando de su mundo y de su Inglaterra de finales del siglo XVIII, lleno de desigualdades y crueldades, está también dirigida a nuestro mundo. Y a nosotros. La “noche sin fin” de que habla Blake es la noche de los tiempos, una noche tan familiar hoy como debe haber sido en la época del poeta inglés.

Así, todo se fusiona en un complejo proceso de relación con el mundo y con los demás. Reconocimiento mutuo. Comunicación; creación de poesía, usando tan solo este nuestro tan corto alfabeto que compone el lenguaje y que nos conduce a un profundo sentido de pertenencia, de *com-partir*. Con pasión. *Sentir con*, o sentir juntos, no porque lo debemos hacer, sino porque yo no existo sin el otro – y el otro soy yo. Si hay milagros, esto es, para mí, el milagro de la poesía.

Muchas gracias.